

Una terracota Jipi Japa (Ecuador) en el Museo Etnológico de Barcelona

LOS dos núcleos de culturas más elevadas de América precolombina, el de Méjico, con aztecas y mayas por un lado, y los del imperio de los incas por otro, confluyeron, sin duda, en la zona del Ecuador.

La influencia incaica la conocemos, no solamente por los restos hallados, sino también por las fuentes históricas, ya que cuando los españoles desembarcaron en esta zona, los incas habían extendido su poder sobre algunos pueblos costeros del Ecuador y sobre los habitantes de algunas de las hoyas andinas más asequibles por su situación geográfica, y los gobernaban.

En cambio, de la influencia que hubieron podido ejercer las altas culturas centroamericanas no poseemos ningún dato histórico y hemos de remitirnos únicamente a los hallazgos arqueológicos efectuados en esta zona y al estudio del influjo y relaciones culturales.

A pesar de que los restos de las culturas manta y esmeraldas son muchos, todavía no se han estudiado profundamente para que podamos conocer la cronología de estas culturas, si bien los profesores Saviile, Max Uhle, Jijón y Caamaño, D'Harcourt y algunos otros han dado a conocer numerosos estudios sobre los hallazgos efectuados por ellos mismos.

Las dos provincias que más restos han proporcionado son las de Esmeraldas y Manabí. Estas dos provincias estaban ocupadas por dos pueblos distintos, los antes citados, esmeraldas y mantas, con grandes paralelos en su cultura pero distintos entre sí, y cuya diversidad queda reflejada en los hallazgos.

La figurita que presentamos y que pertenece a la rica colección ecuatoriana del Museo Etnológico de Barcelona (Inv. 16-390), proviene de la localidad de La América, Jipijapa, Manabí. Es un fragmento de cuello de jarro figurado, de barro cocido; sus dimensiones son: 13 cms. de altura, 10'9 cms. de ancho y 11 cms. de profundidad, y su peso 485 grs. La parte posterior de la boca del jarro está reconstruida. La cabecita está esculturada en el cuello de la vasija y la boca de ésta es el tocado de aquélla, el cual aparece como un gorro tulipiforme encasquetado; tiene las orejas muy grandes y salientes con el pabellón dividido a lo largo por un surco dentro del cual hay marcadas unas pequeñas incisiones; dos grandes excisiones triangulares forman el interior del pabellón, van adornadas con dos grandes orejeras lobulares anulares. El

óvalo de la cara es muy suave y de gran belleza; ojos almendrados con las cejas marcadas por un trazo inciso y las pupilas por dos orificios profundos. La nariz es muy prominente, aquilina y un tanto carnosa y muestra perforación del septum. La boca entreabierta tiene forma rectangular y muestra cinco dientecillos de la mandíbula superior separados, dos de los cuales están perforados; por la rotura del cuello se advierte que la figura estuvo hecha en dos piezas, puesto que muestra dos partes, una interior en forma de cilindro y un grueso de pasta de 11 mm. que le recubre, de forma humana.

Técnicamente es una figura modelada, pero tan perfectamente retocada después, que ha desaparecido toda huella de molde y parece, a primera vista, modelada a mano; se nota la impresión de la espátula en varias partes de la cara y cuello, cerca de la nariz y en las orejas.

El color de la pasta es beige claro con ligeros indicios de pintura roja.

Como todas las figuritas que aparecen en estos pueblos, tiene un gran valor documental además de su belleza estilística, pues es uno de los retratos tipo que con ligeras variantes se repite y así es comparable a la figura números 1 y 2 de la lámina LIV, de la publicación de Saville, «Antiquities of Manabí, Ecuador».

Como documento nos muestra las formas de adornarse con orejeras, unas, como las de la figura, anulares, otras en forma de pendientes, o bien cubriendo por entero el pabellón de la oreja. El orificio del septum nos da a conocer la costumbre de usar narigueras.

Debió de ser un jarro completo de unos 28 cms. aproximadamente, de influencia probablemente zapoteca, pues si bien esta forma de jarro se da en el Perú, es rara, y además el modelo que conocemos es también de influencia centroamericana por la figura representada del dios-jaguar. En cambio, existen estas formas que Saville, en la obra citada, las llama urnas, en Méjico.

Parece esta figurita una clara muestra de la influencia centroamericana en el Ecuador, influencia que hasta ahora no podemos conocer históricamente.

ZEFERINA AMIL DE PANYELLA